

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*Cristina de Suecia*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*La Adulacion* (poesia), por D. Eusebio Martinez de Velasco.—*La ciencia del corazon* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*La Campana*, por D. A. F. Grilo.—*Modas*.—**LÁMINAS**: *Figurin de trajes*, núm. 811.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

## REVISTA DE MODAS.



UNQUE la Primavera se empeña en velarse entre las últimas nubes del Invierno, nuestra pluma se vé obligada á correr bajo la influencia primaveral, y en vano quiere recordar el color blanquecino del celaje, cuando los almacenes de modas, las confecciones que salen de manos de nuestras hábiles modistas, y todos los grabados de actualidad que llegan á nuestras manos, constituyen la seductora avanzada del mes de Mayo, ¡el mes de las flores! Do quiera que tendamos la vista en busca de la Moda, se encuentra con este risueño lema: *¡Primavera!* ¿Qué importa que las nubes tenaces se obstinen en hacernos creer que retrocedemos, si nuestra incrédula sonrisa se burla de su afirmacion?

Pregúntannos algunas modistas y señoras suscriptoras, ¿si los trajes de verano seguirán cortándose nesgados? Todo hasta ahora parece confirmarlo, y algunos hemos visto en telas ligeras, de las muchas que ostentan nuestros almacenes de la calle de Espoz y Mina, de la indicada hechura y de un gusto encantador: no obstante, la estacion no aconseja todavía mas que para sociedad las granadinas, bareges, crespones de lana, gasas, muselinas, etc., de que este año ha venido tan rico surtido, y entre tanto que llega el abrasador Estío con sus tardes poéticas y sus noches de suave ambiente, aconsejaremos á nuestras lectoras los trajes de alpaca, los tejidos de lana de entretiempo, el foulard, y finalmente, la sedería de primavera en colores claros con

listas, lunares, cuadrilongos ó triángulos caprichosamente sembrados sobre fondo liso. Pero todos de falda nesgada, talle corto y mangas justas, estilo del Imperio, que se caracteriza mas cada día, y que reúne á la severidad romana la graciosa coquetería del último siglo.

Llegamos á la estacion característica del cambio de abrigos, y entretanto que llegan las láminas de doble tamaño, que han de ofrecer variados modelos á nuestras suscriptoras, les diremos que los paletots ceñidos en grós-grain, grós imperial, piqué de seda ó glase, serán la prenda indispensable que ha de servir de complemento al traje de calle, algunos de estos cerrados al costado en biés, á la rusa. Unos irán adornados con guipures, que despues de enriquecer la manga y el hombro se ostentarán en tirante de atrás á adelante, rematando sus extremos bajo un cinturon de guipure tambien, cuyas puntas anudándose en lazo descenderán flotantes por detrás; otros llevarán agremanes perlados en todas las costuras, y el cinturon del mismo glase, con caidas, detalle que conviene sobre todo para las jóvenes, y los flecos lisos ó perlados alternarán con el guipure, como adorno de preferencia. Con los paletots ajustados, de vestir, competirán los mas holgados para traje de menos pretensiones, y los mas cortos de franelas rayadas, con su linda capuchita, prenda de rigor para las escursiones de campo, que tanto menudean en la estacion primaveral.

Para con estos abrigos el sombrero redondo es indispensable, y respecto á la hechura que en



ellos dominará este año, aun no podemos decir nada con exatitud. Sin embargo, grandes probabilidades tiene el sombrero tricornio de obtener la preferencia sobre la forma inglesa, y sobre las que se han iniciado con los títulos de sombrero *Mandarin*, Francisco I, y gorrito Juana de Arco: algunos de estos por lo pequeños y recargados de adornos son una perfecta extravagancia de la Moda. El sombrero tricornio de castor, es gracioso, sóbrio de adornos, y por su ala recogida acompaña al peinado actual.

Los sombreros de vestir van reduciéndose cada día mas, hasta el punto de llegar á dudarse si son sombreros ó prendidos que acompañan el peinado sin cubrirle por ninguna parte. Figuráos una escapapela de tul blanco, rosa ó celeste, con bridas que la sujeten y flores á sus bordes, y tendreis una idea exacta de los sombreros de Primavera. Algunos llevan las cadenas Benoiton, cadenas de eslabones de azabache que nuestras vecinas han utilizado en sombreros, abrigos y trajes, llegando hasta vulgarizarlas con tan estremado favor: por fortuna semejante error no ha salvado el Pirineo, y en nuestras Modas locales la cadena Benoiton no ha tenido entrada. No obstante, fuerza es decirlo, la cuestion de los sombreros se resiente de cierta vaguedad que no nos explicamos: no parece sino que ninguna de las mas célebres modistas se atreve á reasumir en sí la responsabilidad de la iniciativa, y todas aguardan que otra mas audaz les marque el camino. Sin embargo, hemos dicho de los sombreros cuanto hay de verdad, y no será culpa nuestra si estas confecciones se desvanecen entre las brisas de Abril, ó se marchitan como flores entreabiertas en estacion poco propicia. Quede, pues, consignado que los modelos que hasta ahora han salido de manos de las mas hábiles modistas francesas, son de las formas conocidas, variando únicamente en ser mas reducidos aún.

Ahora para no faltar á nuestra costumbre de describir algun modelo de trajes de actualidad, empezaremos recomendando uno nupeial, de lo que hace tiempo no nos ocupamos. Es el que vamos á describir de moiré-antique blanco (*figurin*, núm. 811), de falda nesgada, adornada por un escarolado de glasé, blanco tambien, que marca ondas al borde mismo de la falda, y con sobre-falda de tul, recogida á la izquierda por una guirnalda de flores de azahar, que baja desde la cintura, y á la derecha mas abajo por un ramo de las mismas flores; el cuerpo es de escote cuadrado con escarolado igual al borde, manga justa y camiseta alta, plegada y cerrada con una golita de tul. Pequeños ramos de azahar se repiten en los hombros y en la parte que queda

descubierta de la primera falda, completando tan característico traje una diadema de flores de azahar sobre las sortijillas que adornan la frente, y el indispensable velo redondo, que cierra al costado, para dejar completamente velada la figura.

Como traje de Primavera para calle, indicaremos uno de seda azul y falda nesgada, con solo dos tablas por detrás, adornada la falda á los costados por dos tiras de terciopelo azul, que bajan ensanchando á reunirse en un lazo de pasamanería y borlas, repitiéndose otros tres mas pequeños progresivamente en el espacio que media entre los terciopelos: acompaña á este traje un paletot de la misma tela semi-ajustado, corto, y abierto de adelante, cerrándole por detrás en todo su largo botones de nacar, y adornándole tiras de terciopelo como las del traje, que una baja por el pecho y otra por la espalda, á reunirse debajo del brazo, cerca del borde del abrigo: la manga es justa, con vuelta y bullozado en el hombro de terciopelo azul. Como sombrero de novedad para con este traje, lo sería uno de ala de terciopelo azul con tres rulós de paja de arroz al canto, cuya misma combinacion sigue á formar el bavolet, careciendo de fondo el sombrero, y atravesándole únicamente las bridas azules; dos rosas thé le completan.

No queremos cerrar este artículo sin recomendar un traje de mucha novedad para niña de ocho años. Es un vestido de seda grosella de doble falda, lisa la primera, abierta la segunda por delante y los costados, y unida por enrejados de cordon: cuerpo de escote cuadrado y manga justa, partiendo desde cada hombro una esclavina de la misma tela forrada de tafetan blanco. Camiseta alta, y gorrito de terciopelo grosella con pluma blanca, completan el traje.

AURORA PEREZ MIRON.





## INSTRUCCION.

## CRISTINA DE SUECIA.

Dios al entregar á la mujer el cetro moral del universo, la dotó de armas misteriosas é invencibles para que consiguiese la victoria. Estas armas son: el candor, la modestia, la bondad, la persuasion, la timidez y la dulzura, conjunto de gracias adorables, sin las cuales la sería imposible reinar sobre las almas y llevar á feliz término su empresa.

La mujer, pues, que por orgullo ó insensatez se despojase de estos naturales é invencibles atractivos, haría como el guerrero que para marchar al combate arrojase lejos de sí el yelmo y la fuerte malla.

Nada son en ella el talento y la belleza sin la gracia femenina, que es como si dijéramos el engaste, que defiende y realza las piedras preciosas, dándolas mas fortaleza y brillo.

Todo guarda en la naturaleza un órden admirable: ruje el mar, se quejan los arroyos, suspiran las brisas, el hombre manda, la mujer suplica.

Si el león tuviese el arrullo de la tórtola perdería su magestad; si la tórtola rujiese como el león perdería su gracia encantadora. Así, pues, cada sér se halla dotado de los dones que le son propios, y por eso forman un todo tan armónico y sublime.

Tales reflexiones nos inspira la historia de la célebre Cristina de Suecia, que hubiera sido la mas grande de las Reinas, si no hubiese sido la mas orgullosa y petulante de las mujeres.

Nacida en aquel pais agreste, cuna de la Caballería antigua, oyendo hablar incesantemente de aquellos primitivos, maravillosos héroes, descendientes de Odín, que para alcanzar la mano de una princesa, ó rescatar á un Rey cautivo, abatían las montañas, hacían retroceder los rios, despoblaban los bosques, suscitaban las tormentas, por un solo acto de su enérgica voluntad, y llevaban á cabo las hazañas mas audaces é increíbles, Cristina, colocada en el trono á la edad de cinco años por la muerte prematura de su padre, tomó horror á su sexo, débil y pusilánime, y no solo se despreció á sí misma, sino que envolvió en el mismo desprecio á todas las mujeres.

Cuentan que un día un Príncipe de Alemania envió como regalo á la reina niña un precioso aderezo de brillantes, y que ella lo pisoteó, vertiendo lágrimas de cólera.

—¡ Ah! gritó con infantil desesperacion, ¿ por qué no me han de regalar una espada ó una pistola ?

Desde aquel instante empezó á manifestarse la espantosa lucha que sostuvo consigo misma mientras duró su existencia.

Irritábanla los trajes que se veía precisada á vestir, irritábanla las costumbres mujeriles, que la retenían como aprisionada en un círculo de hierro, irritábala la vista de las damas que la servían, y hasta el tener que acatar los

consejos del sábio Oxenstierno, que con tanto acierto y prudencia habia gobernado sus Estados.

Al principio, ambicionando con ardiente afán la gloria, se dedicó á las ciencias, cultivó las artes, se rodeó de todos los hombres eminentes que brillaban en su pais, y los hizo venir del extranjero, pasando el día en agradables pláticas con ellos; pasando las noches entregada á la meditación y al estudio.

Después sucedió á este afán el mas profundo desaliento; vió que ni los grandes hombres que la rodeaban, ni el incesante estudio, podían hacerla cambiar de sexo; vió que podría llegar á ser una gran Reina, como tantas otras Reinas célebres que registra la historia, pero jamás un gran Rey; vió por último que la sería preciso elegir un esposo y dividir con él, si no la gloria de sus actos, al menos la representación en el trono.

Entonces pensó en abdicar: tenía veinte y dos años.

Estaba Cristina adornada de mucho entendimiento y juicio sólido, y así habia gobernado con admiración de los extranjeros y aplauso de sus vasallos, aunque sin captarse el amor de los unos ni de los otros, porque en el trato de las gentes no tenía gracia ni afabilidad, y lo varonil de su alma se pintaba demasiado en su rostro y en sus acciones.

A pesar de esto, la instaron para que no abandonase las riendas del Estado, y ella cedió, con la condicion de que jamás se casaría, porque como dijo esplicitamente en el Senado, *había en el matrimonio obligaciones que la repugnaban.*

Sin embargo, la rectitud de su juicio la demostró que no debía dejar á su reino entregado á la anarquía cuando ella muriese, y en 1650, con el consentimiento de los Estados, nombró un sucesor, que fué su primo Carlos Gustavo, Conde Palatino.

Era este Príncipe valiente, atrevido, inaccesible al miedo, activo y muy propio para manejar el cetro; pero amaba con una pasión sincera y profunda á su prima desde su mas tierna infancia, y así ocultó cuanto pudo estas brillantes cualidades, mostrándose tímido, sumiso, galante hasta el extremo, mas deseoso de alcanzar la mano de Cristina que la suprema dignidad, y no queriendo jamás mezclarse en los negocios públicos, como no fuese obligado á ello por una necesidad imperiosa.

Pareció interesar á la ávida Reina la delicadeza de su conducta, y aun sus damas advirtieron que cuidaba algun tanto mas para agradarle de su mujeril adorno.

Con esto, todos concibieron la esperanza de verlos al fin unidos, cuando un suceso, hasta cierto punto insignificante, vino inopinadamente á destruirla.

Organizó Cristina una gran cacería, que era su diversion favorita, y durante ella, impulsada por la intrepidez de su carácter y su deseo de distinguirse, se adelantó á su comitiva, obstinándose en perseguir á un ciervo.

Montaba un volador caballo, que dejaba atrás los barrancos y las peñas, y ya descendiendo á un soto, estaba próxi-



mo á internarse en la espesura, entre la cual el ciervo habia buscado asilo, cuando faltó repentinamente la tierra bajo sus piés, y cayó rodando á una profunda sima.

Los palaciegos, que coronaban las alturas, soltaron un prolongado grito de terror, pero Cristina, que ágil y atrevida, habia dado un salto á tiempo, apareció de pié al borde del precipicio tranquila y sonriendo.

No habia sin embargo cesado el peligro.

Un enorme lobo salió casi al instante del oscuro soto y se abalanzó hácia ella.

Cristina quiso defenderse, y aun lo consiguió en un principio, pero sus fuerzas, agotadas por el reciente susto, la abandonaron en breve, y cayó desmayada sobre la yerba. ¡Estaba perdida!

¡Júzguese de la confusion, de la angustia que experimentaron los espectadores de esta escena! Los unos se proveyeron de piedras, los otros apuntaron sus armas.

—Atrás todos, atrás! gritó Carlos Gustavo con voz de trueno, y sin reparar en el peligro, se arrojó por una pendiente cuesta, llegó cerca de Cristina, y cogiendo intrépidamente al lobo por la garganta, le ahogó entre sus brazos.

Esta hazaña fué obra de un segundo.

Alzóse de todas partes un clamoreo de asombro, y cuando Carlos Gustavo apareció entre los cortesanos dando el brazo á Cristina, apenas vuelta en sí de su desmayo, todos se apresuraron á felicitarle y á encarecer su valor y su osadía, parte por verdadero entusiasmo, y parte quizás tambien por halagar á la Reina.

Pero á ésta no debieron satisfacerla tales demostraciones, porque en todo el resto del día estuvo triste y preocupada.

Lejos de mostrarse agradecida á su primo, procuraba evitar su presencia, y solo contestaba á sus amantes palabras con glacial desvío.

Por la noche se la oyó murmurar varias veces entre suspiros:

—Pobre y débil mujer, abandona el cetro por la rueca! Tú te has desmayado mientras él luchaba y vencía! En vano quieres triunfar de tu propia naturaleza; en vano quieres robar al hombre sus preciados atributos de valor y fuerza! Humíllate, arrástrate á sus piés, que es ese tu destino!

Al día siguiente, 15 de Junio de 1654, mandó reunir los Estados, subió al trono con gran pompa, y llamó á su primo. Cuando todos creían que iba á participar al pueblo su enla-

ce con el que acababa de salvarla la vida, pronunció con serenidad un elocuente discurso, encareciendo las delicias de la libertad y la independencia, bajó del trono, dió á Carlos el cetro, y se quedó para siempre confundida entre la multitud de sus vasallos.

¡Tenia entonces veinte y ocho años, era bella y ceñía una corona!

Su orgullo sobrepujó á todos los estímulos de la ambicion, triunfó de todos los halagos del amor, y quiso mas bien perder un corazon que la adoraba y quedar completamente oscurecida, que dividir con otro el poder y el lauro de la gloria.

Retiróse á Roma, centro de las ciencias y las artes, y allí abrazó la religion cristiana.

Mas tarde pasó á Francia, deseosa de visitar aquella corte espléndida, que tanto la habia ponderado su amigo Descartes, y vivió algun tiempo en Fontainebleau.

Mas ¡ay! el corazon tiene sns prerogativas, y las hace valer tarde ó temprano! Las tempestades son mucho mas terribles en invierno, y Cristina que habia sabido vencerse á sí misma, desdeñando al amor de un Príncipe como Carlos, concibió una insensata pasion por su escudero Monaldeschi.

Su corazon de roca se derritió al blando fuego del amor, pero quizás en castigo de su orgullo, Dios permitió que amase y no fuese amada.

A consecuencia de la trágica muerte de Monaldeschi, que sus enemigos con razon ó sin ella la atribuyeron, recibió orden de salir del reino, por lo cual se volvió á Roma, en donde murió en 1689.

Hé aquí como la pinta un escritor francés, contemporáneo suyo.

Era la Reina del Norte, dice, de modales demasiado libres, gustaba tan solo de la conversacion de los hombres, afectaba sumo descuido en el vestir, muchas veces á espensas del aseo y la decencia, y un génio áspero y rústico, no perdiendo ninguna ocasion de satirizar y ridiculizar á las personas de su sexo.

Dotada de singular talento y vastísima instruccion, no solo no reportó ningun bien á la sociedad, sino que jamás supo inspirar simpatías, pasando su triste y solitaria vejez desatendida y motejada, sin esperanza de que nadie fuese á llorar sobre su tumba!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### LA ADULACION.

(APÓLOGO.)

A la galana rosa,

Que se alzaba en el prado florecido,

Táimada mariposa

Le decia al compás de su zumbido.

—« Si la aurora por verte se apresura

Arrollando las sombras de la noche,

Ciñe tu rojo broche

Con diademas brillantes de frescura;

Si luego el sol asoma,

Cual carroza de luz, por el oriente,

En tu purpúrea frente

Sonrosado mátiz su lumbre toma;



Si en la noche los vientos gemidores  
 Revuelan del vergel por los confines,  
 Besando tus carmines  
 Recojen en tu cáliz sus olores....  
 ¡Eres la reina tú de los jardines!  
 ¡Eres tú la mas bella de las flores!»—  
 Dijo, y la vana rosa,  
 Meciendo su corola con orgullo,  
 Abandonó á la astuta mariposa  
 El perfume vital de su capullo....  
 ¡Pobre flor!... El insecto se lo quita,  
 Y un instante despues.... ¡cayó marchita!

Niña, aprende de una vez  
 Esta sencilla razon:  
*Detrás de la adulacion*  
*Se halla oculta la dobléz.*

ECSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

## LA CIENCIA DEL CORAZON.

### CONTINUACION.

Las tres daban en la iglesia de San Lorenzo, y el día estaba aun lejano, cuando el enfermero de guardia vino á decirme que el doctor Miranda queria hablarme con mucha urgencia: me dirigí á su encuentro; pasamos al salon del piso bajo, donde encendí el gas, y ambos nos sentamos. Estaba el doctor estremadamente pálido, y el sudor inundaba su frente. Apenas sentados comenzó entre nosotros el siguiente diálogo:

—Creía, exclamé, que no se trataba mas que de una comida.

—Yo tambien lo creí, me respondió, pero á los postres, me dijo el Cónsul que tenia compromiso de asistir á un baile, en el que tendria gusto de presentarme: resistí, pretesté mis excusas; dije que aun me faltaba arreglar para mañana muchos efectos, y sin gran empeño, me informé de quién era la persona á cuya casa íbamos.

—Es, me dijo, una persona que habeis visto ya en mi casa; Mr. de Vanneau.

Al oír este nombre, dije involuntariamente:

—Acepto, acepto.

No sabré decir qué fué lo que me decidió, pero sin duda este nombre, que se viene mezclando desde hace tiempo en la historia del núm. 16, fué lo que me arrastró á pesar mio.

Acepté, pues, y nos dirigimos á casa del banquero, casa espléndidamente adornada.

Penetramos en el vasto salon, pórtico de otros magníficos salones, tan solemnemente decorados y llenos de tan lucida concurrencia, que los brillantes y las luces deslumbraban la vista.

El Cónsul y yo nos dirigimos en busca del dueño de la casa, al que encontramos en uno de los salones. Levanté la

vista para saludarle, y apercibi junto á él á su sobrina, á la jóven que tiene tan extraño parecido con... Oh! jamás este parecido le he encontrado tan perfecto. Involuntariamente lancé un grito.

—Pero ese encuentro nada tenia de particular, dije yo: en casa del tio, á quien habíais ya visto, debíais ver á la sobrina, cuyo parecido habíais ya notado y hecho constar.

—Sin duda, pero esta noche, mi querido Morel, nuevas particularidades han aumentado mi sorpresa. Ante todo, Mr. Vanneau y su hijo, al fijarse en mí, he notado que sus rostros se contraían, y han tenido que apelar á todos los recursos de sociedad, para disimular el disgusto que mi presencia les inspiraba.

El Cónsul, despues de presentarme, se perdió en los salones; yo por el contrario, permanecí allí sin abandonar mi idea fija: ya era tiempo de convencerme de quién era aquella jóven, cuyo fatal parecido llegaba á atormentarme por tercera ó cuarta vez. No me quedaba duda de que el talle, el rostro, las maneras eran semejantes á las de mi pobre loca; faltábame solo averiguar, si su voz y su razon eran tambien semejantes: para ello me dirigí á invitar á la jóven á bailar, no creyendo encontrar el obstáculo de la otra vez, que como sabeis, me dijeron que estaba indispueta.

—Acaso fuera cierto.

—Eso iba á ver por segunda vez. Repito mi invitacion, que ella escucha con la expansiva alegría de la otra vez, y cuando ya me dispongo á escuchar un sí que colme mi alegría, se interpone el hijo de Mr. Vanneau, diciendo:

—Caballero, mi prima está muy favorecida con vuestra atencion, pero no bailará mas que con Mr. Delgrave, su presunto esposo.

Parecióme la respuesta un poco seca; pero no encontrándome autorizado para provocar un conflicto en un baile, me retiré con el pesar que podeis figuraros.

Se bailó largo rato, y como para dar descanso á unos y otros, se inició la idea de cantar. Dijeron algunas personas que me conocian, que yo cantaba; esto corrió de unos en otros, y al cabo de cinco minutos se decia por todo el salon que yo era un gran profesor. Rogáronme que cantase, y lo que yo hubiera rechazado en cualquiera otro momento lo admití en aquel. Era una nueva ocasion que se me presentaba. Me senté al piano, canté diferentes trozos, no sé cuáles; porque mi objeto era llegar á la cancion que vos conoceis; *El piano recobrado*.

—El piano recobrado! esa cancion que ha contribuido á devolver la razon á la pobre loca?

—Sí, no me interrumpais, Morel. Principio, pues, mi cancion, y cuando llegaba como á la mitad, observo que pasaba una cosa en los salones: levanto los ojos al espejo que tenia delante, y veo á Ernestina, pálida, con la vista estraviada, el cuerpo erguido, luchando por desasirse de las manos de su tio y de su primo, para correr hácia mí. Cuanto mas trataban de impedirselo, mayores eran sus esfuerzos; hasta que por fin, por no provocar acaso un conflicto, la dejaron.

Verse libre, correr á mí, unir su voz á la mia y cantar la cancion como aquí la canta, fué obra de un instante: no habia duda, era ella. ¿Os reís, Morel? no lo dudeis, no lo dudeis, es la misma.



—Permitid que os diga que los parecidos de la voz son mas frecuentes que los del rostro.

—Os repito que era ella.

—Ya otra vez lo habeis sostenido.

—Y no me engaÑé. Los acontecimientos de esta noche me confirman en mi idea. El efecto producido en la reunion por este duo inesperado no fué tan extraño como parece que debia serlo; quizá muchos lo creyeron hasta cosa concertada: solo el tio y el primo de Ernestina, parecian como aniquilados, como heridos del rayo, como arruinados por el azar de los naipes.

El hijo de Mr. Vanneau, se dirigió al fin á mí rogándome encarecidamente que dejase el piano; pedile la razon, y me dijo que su prima experimentaba una impresion dolorosa, y que se estaba poniendo en ridículo por mí. En cualquiera otra ocasion hubiera cedido al punto: en la presente era preciso aprovecharme de mis ventajas; llegar á la prueba suprema: perdida aquella ocasion, no se presentaría otra. Mi objeto era que en ciertos compases de la cancion, la jóven loca tenia que trasponer algunas notas, y eso era lo que yo me proponia observar, cuando el hijo del banquero llegó con su extraña pretension. Dije que no podia complacerle. Me repitió su pretension mas secamente, le repliqué en el mismo tono, me mandó imperiosamente que lo dejara, continué sin responderle, y por fin colocó sus manos sobre las mias, para impedirme tocar. Esto era un bofetón, un bofetón en las manos! Entonces me ví obligado á dejar mi sitio, cambié con la suya mi tarjeta, y nos despedimos, diciéndole yo que hoy á medio dia irian dos amigos á entenderse con él.

## XVII.

—Terminado este incidente, continuó el doctor, busqué en torno mio á Ernestina, causa de todo lo ocurrido; pero Ernestina ya no estaba en el salon. En vano la busqué por todos los salones; la jóven habia desaparecido victima de la fiebre; abandoné la fiesta y me dirigí aquí maquinalmente. ¡Ay! no acabará la noche sin que haya tomado una resolucion violenta.

—La conozco, dije para mí, el rapto preparado.

—Pero esto es imposible ahora, continuó Miranda; sí, imposible, ese duelo me encadena.

—Entonces, exclamé con el interés que Miranda me inspiraba, un duelo es todo lo que habeis sacado de ese baile.

—Sí; mañana mis testigos, Mr. de Hermitte, jóven diplomático francés, y Castro-verde, el secretario del Cónsul, irán en mi nombre á ver á Mr. de Vanneau; antes vendrán por aquí y les referiré las particularidades que han precedido.

—Tened cuidado.

—¿Por qué? no debo enterar á mis testigos del motivo del duelo que van á presenciar?

—De nuevo os repito que obreis con calma. Vais á enterar á vuestros testigos de que la sobrina de Mr. de Vanneau está aquí en clase de demente, cosa que ellos tratan cuidadosamente de ocultar: además comprometeis, des-

prestigiais á esa jóven, victima de vuestra alucinacion.

—Alucinacion! exclamó Miranda saltando de su asiento, ¿aún os atreveis á llamarla alucinacion?

—Es por lo menos un enigma, no lo negueis.

—No, Morel, no digais eso, no hay nada ya mas claro, mas evidente; voy á batirme por la mujer que adoro, que adoro cuanto el pensamiento humano puede concebir.

—¿De qué mujer hablais, en fin? va á correr sangre, y justo es que sepamos por qué.

—De qué mujer? quereis insultarme?

—No: hay dos mujeres, ya lo sabeis.

—No hay mas que una, á no ser que yo esté loco: decidme esto; decidme que he perdido la razon.

—Hé aquí mi respuesta: Decís que habeis encontrado á la jóven del núm. 16.

—Sí.

—Luego tiene que haber salido.

—Sí, ¿cómo? eso es lo que no me esplico.

—Pues bien, admitamos que haya salido; por vuestra cuenta aun debe estar en casa de su tio, pues que vos acabais de venir.

—Sin duda.

—Pues bien, mirad á su ventana.

El doctor Miranda levantó los ojos, y el vértigo se apoderó de él.

—Luz, exclamó.

—Sí, luz en su cuarto.

—¿Luego está ahí?

—Ya veis que no ha salido.

—En efecto, ¡ah! yo estoy loco, loco!

—Tranquilizáos.

—Pero ¿es posible que haya dos seres tan iguales en el mundo? ¿qué ejerzan en ellos impresion las mismas cosas? ¡Oh! mañana mismo dejo la Francia; si no, ignoro lo que será de mí!

—Sí, partid lo mas pronto posible.

—No antes de mi duelo; él me dentendrá aquí hasta que esté completamente concluido, dijo el doctor, y se despidió de mí dirigiéndose á la escalera que conducia al cuarto núm. 16, de la cual segun ya he dicho debia poseer una llave fraudulenta. Ya iba á precipitarme tras él por el deseo natural de impedirle un crimen, cuando le ví descender de nuevo: retrocedia ante un hombre, en el cual reconocí al doctor Fontenay.

Jamás he sabido lo que se dijeron en este encuentro verificado á hora tan singular, de la noche ó de la mañana, porque el dia ya se anunciaba por señales inequívocas. A falta de esta conversacion, que no tengo medio de reproducir, anotaré algun suceso que sirva de guia al lector: antes no debia comunicársela, ahora ya he llegado al caso de descubrirla.

Hemos dicho antes que la casa Vanneau no gozaba de gran crédito en la plaza, y habia quien encontraba varias manchas á este esplendoroso sol financiero. Las casas rivales cundian su descrédito, y decian que habia prodigado el oro en fiestas y banquetes, que envuelven siempre la ruina de las fortunas.

Todas las especulaciones de la casa Vanneau no habian tenido tampoco felices resultados, y la política que á veces



compromete las casas mas fuertes, habia contribuido tambien á la bancarrota de ésta.

Eran, pues, ciertas las noticias adquiridas por Mr. Miranda, de que la casa Vanneau, trataba de rehabilitarse por medio de un matrimonio ventajoso de Ernestina con Mr. Delgrave, hombre millonario, dueño absoluto de sus bienes, y muy enamorado de Ernestina.

Realizar este enlace era para ellos un negocio de empeño, era su salvacion, pero este negocio se presentaba erizado de dificultades; y una sobre todo, que valia por mil, que era insuperable. No era la indiferencia de la jóven por su futuro; en ésta no se fijaban, suponiendo que muy niña y dócil, si no le amaba, amaria con el tiempo á su marido. La dificultad colosal, monstruosa, insuperable, es la de que vamos á hablar.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

### LA CAMPANA.

Desde que yo era muy niño, lectoras mías, he respetado siempre la misteriosa voz de las campanas, que tan distintas emociones han despertado en mi corazón con sus múltiples y vibrantes sonidos.

He visitado el templo cuando ellas me llamaban; he repetido una plegaria cuando ellas tocaban á la oración; he suspirado con amarga melancolía, cuando ellas tocaban á muerto, y nunca, en fin, he podido permanecer indiferente á sus roncós golpes, á sus voces atronadoras.

El mar, que es el espejo del sol, y que dilata su poderío hasta perderse en la inmensidad, tiene la elocuencia gigante de sus espumas y de sus tormentas; los bosques hablan con el rumor de sus flores, de sus torrentes y de sus pájaros; el espacio, que es el pabellón flotante que cobija tantas armonías; el espacio, que es el mundo de los misterios y de lo infinito, necesitaba una voz, una voz solemne, una voz magestuosa y resonante, que descendiese hasta nosotros perdida entre el rumor de los aires, y desde entonces el espacio nos habla con la elocuente voz de las sonoras campanas.

Vosotros, los que retirados un instante del vaiven de la capital, os entreguéis á profundas meditaciones en un campo desierto; vosotros, los que hubiérais acudido á devorar una pena, depositándola en el seno cariñoso de la soledad; vosotros, en fin, los que en una tarde tranquila os hayais remontado á otras regiones en alas de vuestro arroboamiento divino, decidme si no ha llegado hasta vosotros, con un perfume de amarga melancolía, el doliente y lejano grito de la campana; decidme si no os ha traído un recuerdo de vuestras montañas, un murmullo de vuestro río, un suspiro de vuestra madre.

Volved los ojos á aquellas nubes de humo que se levantan como una espesa masa de vapor, oscureciendo el velo del horizonte. Observad aquel edificio lejano cuyo techo se bambolea, se retuerce y cruje, tostado por el aliento mortífero de las llamas. Aquel es un incendio. La población

duerme, y los infelices que ahogan sus gritos entre el desordenado estrépito de los muros que se desploman, necesitan que todos vuelen en su auxilio; les es indispensable que acudan todos á sujetar el torrente devastador, que amenaza hundirles entre los escombros de sus ruinas.

Ay! todos duermen, y los gritos de los que contemplan horrorizados la furia del elemento terrible, no pueden traspasar los muros de los hogares vecinos.

Pero no desconfiemos de su salvacion, porque ya rueda por los aires el clamoreo cansado de las campanas que imploran á grandes voces en favor de los que corren tan grande riesgo.

Al eco de la campana se presenta la desvelada multitud, ansiosa de tender una mano salvadora en medio del peli-gro.

¡Qué lengua tan elocuente la que los ha llamado á todos, y la que á todos los ha reunido!

Registrad las historias de los pueblos, lectoras mías, y no encontrareis ni uno solo que no sepa descifrar, traducir y comprender el idioma de esas hijas de las torres; la música solemne de las campanas.

La humilde y solitaria aldea, que se reclina como una blanca paloma sobre los campos, tiene su humilde ermita, donde voltea con los golpes de la oración, de la misa y de la fiesta, el acento tristísimo de un campanario.

¿Quién no conoce desde lejos la campana de su iglesia, la campana de su hogar, la campana de sus valles?

Bajo las bóvedas de la mezquita sombría; entre los góticos arcos de la suntuosa Catedral, la campana suena ronca, amenazadora y severa, como una voz profética que nos hace doblar la frente y la rodilla para perdernos en los profundos mares de la meditacion y del sentimiento.

Entre los laberintos y las desiertas crujiadas de un claustro retirado, la campana tiene algo de aquella vaguedad, algo de aquel sosiego inesplicable, algo de aquella tranquilidad misteriosa en que se envuelven las celdas de las vírgenes del Señor. La campana nos parece entonces el eco de aquellas preces dulcísimas, que en la calma de la noche elevan hasta el cielo las religiosas, embelesadas en el sublime amor del Verbo Divino.

En el jardín de un cementerio, cuando acabamos de depositar en el seno de las tumbas un sér querido que arrebató la muerte de nuestro lado, la campana, que se dibuja con sus brazos abiertos en la amarilla niebla del crepúsculo de la tarde, parece que es un lamento de la eternidad, un fúnebre gemido que se pierde en el aire, escapado del fondo de los sepulcros.

¡Las campanas! Ellas toman parte en nuestros placeres y en nuestros dolores, en nuestras amarguras y en nuestras alegrías, en nuestras fiestas y en nuestros funerales.

Al nacer el día la campana es alegre, animada, expansiva y bulliciosa. Nos convida al trabajo, y nos llama al templo para la primera oración.

Al declinar la tarde, es triste, melancólica, lenta, apagada y misteriosa; cualquiera diría que es el último suspiro de la tarde que se va. Nos hace levantar los ojos al cielo y pensar en Dios.

En las altas horas de la noche, la campana siempre es imponente y aterradora. Al escucharla exclamamos sobre-



cogidos de espanto: ¿Quién habrá muerto? qué asilo será presa de las llamas? qué infeliz necesitará los últimos auxilios de la religion para morir en paz?...

En todos los grandes acontecimientos de nuestra capital, en nuestras ceremonias religiosas, en las costumbres de nuestros pueblos, manifiestan á la par su regocijo las campanas.

Ellas rien con nosotros, y con nosotros suspiran.

El desgraciado que al espirar no tenga un sér que le llore en el mundo, tendrá que repetir estos versos en la hora de la muerte:

Quando escucho las campanas  
Siento ganas de llorar,  
Recordando que ellas solas  
En mi muerte llorarán.

Las campanas, lectoras mías, tienen siempre un eco para acompañar al sepulcro nuestro cadáver.

A. F. GRILLO.

#### Esplicacion del Figurin de peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado y adorno para traje nupcial*, compuesto de bandós rizados, moña de cocas, y flores de azahar.

Ejecútase este sencillo y distinguido peinado abriendo raya en medio de la frente, y otra transversal, ondulando todo el cabello de encima de cada rizo, y colocándole muy estendido, haciendo que sobre la parte superior vuelva la inferior, marcando un doble bandó, y llevando los cabos al troneo: despues con el pelo de atrás se hacen diferentes separaciones, se bate el pelo de cada una, y se enrosca á moldes de crepé prolongados, colocando cada una de estas cocas al lado de las otras, formando todas una castaña redonda y abultada. Las flores de azahar se entrelazan con el peinado, descendiendo en cordon por delante del cuello. Velo nupcial.

NUM. 3. *Peinado de sociedad*, con dos cocas sobre la frente, bandós ondulados y castaña de cocas.

Abrese raya prra este peinado como para el anterior, y despues de formar una pequeña coca á los dos lados de la raya, haciéndolas descansar sobre la frente, se ondula todo el pelo de los rizos, levantándole en bandó vuelto y llevándole al tronco: con el cabello de atrás se hace la operacion ya indicada en el peinado anterior, de repartirle en mechas, con las que se forman cocas abultadas, que se colocan contrariadas formando una castaña, alta y abultada. Sirven de adorno á este peinado una diadema de terciopelo azul sembrada de margaritas, con doble cadena de un extremo á otro, que cruza por delante del cuello, y margaritas sueltas en los huecos de la castaña.

NUMS. 4 y 5. *Peinado para baile*, formado por rulós á la cara, cocas y moña de tirabuzones.

Se abre raya como para los dos anteriores, y se reparte el pelo de cada rizo en cuatro partes, haciendo con las dos superiores dos rulós hácia abajo, y con las inferiores otros

dos hácia arriba: con el pelo de atrás, dividido en dos mitades, se forman algunas cocas detrás de la oreja, faltando solo colocar la moña de tirabuzones en la parte mas elevada de la cabeza, y cortándola por la peina entre los mismos tirabuzones: hojas verdes entrelazadas con el peinado, le completan.

#### Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUMS. 1 y 2. *Cuello y puño*, de última forma, bordados á punto ruso sobre nanzouk.

NUM. 3. *Entredos*, bordado á punto ruso.

NUM. 4. *Otro idem*, mas ancho y al mismo punto, combinado con trencilla, para enaguas ó faldas interiores.

NUMS. 5 y 6. *Cuello y puño*, bordados á puntos Méjico y ruso.

NUMS. 7 y 8. *Cenefas*, bordadas á feston.

NUM. 9. *Entredos*, bordado á punto Méjico.

NUM. 10. *Otro idem*, bordado con cordon ó trencilla.

NUMS. 11 y 12. *Cuello y puño*, bordados á plumetis.

NUM. 13. *Pañuelo*, bordado al pasado con lana de color.

NUM. 14. *Otro idem*, bordado á plumetis.

NUMS. 15, 16, 17 y 18. *Nombres*, bordados á plumetis y pasado.

NUMS. 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27. *Cifras*, bordadas á plumetis y pasado.

NUM. 28. *Cifras*, para mantelerías ó sábanas, bordadas al pasado.

Los patrones que van á la espalda son de una aldeta postiza para poner encima de cuerpo redondo, figurando paletot, y de un cuerpo suizo, ó justillo de novedad, para jovencita. El patron primero, de grande utilidad, y adoptado hasta para los paletots negros, le componen las piezas A, A 2.º y A 3.º, B y C. Esta aldeta, que se compone de nesgas sujetas á una cinturilla de la misma tela, se cosen unas á otras, guiándose por las letras minúsculas, dejando abiertas las costuras desde las cruces hasta abajo. Las piezas pequeñas A 3.º va sobre la A. 2.º figurando cartera de bolsillo, y quedando suelta desde donde marca la señal. + El otro patron se compone de patas, si el justillo es negro, ribeteadas de color, y de un hombro postizo: las letras marcan tambien el empalme de todas las piezas.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.